

Otra vez *Al filo del agua*

Por Víctor FLORES OLEA

Se ha dicho mucho que la novela es un espejo. Pero ¿en qué consiste leer una novela? En saltar dentro de ese espejo, en vivirlo. Cuando leemos una novela nos encontramos con personas y objetos que nos son familiares, que reconocemos fácilmente; o, por el contrario, con una multitud de situaciones, de cosas, de individuos que nos son extraños, ajenos. La novela nos brinda un repertorio de preocupaciones, de ideas y de caracteres que pueden interesarnos o no; cuyo lenguaje nos dice *algo* o, al revés, que se expresa a través de símbolos cuyo sentido no logramos encontrar.

En estos días he releído *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez. Confieso que de mi anterior lectura —hace unos diez años—, conservaba apenas una imagen borrosa, diluida ya por el paso del tiempo. Conservaba la imagen de un libro que nos habla de la vida de un pueblo mexicano de antes de la Revolución; pero, al fin y al cabo, de costumbres y de una atmósfera social que pertenecen al pasado. Pensaba ingenuamente que la novela de Yáñez se concretaba a registrar cosas y personas que la Revolución Mexicana había dejado atrás para siempre. Cuando me dispuse a emprender esta nueva lectura supuse que iba a recorrer, en cierta forma, un mundo de fantasmas. Por lo demás, a pesar de que se han publicado algunas notas entusiastas sobre *Demain la tempête*, creí difícil que al lector francés le dijese algo ese mundo vernáculo, tan nuestro, que es el mundo de la novela de Yáñez. Y pensé que dicho entusiasmo era uno de tantos casos de efímero interés europeo por el folklore de un remoto país.

Estaba completamente equivocado. Me sumí en la lectura de *Al filo del agua* —salté dentro del espejo—, y en vez de un mundo perdido de fantasmas encontré un conjunto de personas y cosas que me son familiares, un clima espiritual que podía reconocer fácilmente. El mundo de Yáñez es algo que nos pertenece íntimamente; y es algo de una extraordinaria actualidad. No tanto, tal vez, por el detalle, cuanto por la atmósfera, por las preocupaciones, por la inercia social y la tradición que lo invade todo, por el carácter dominante de la vida de un pequeño pueblo nuestro aislado del exterior. Es muy posible que el hombre de Yáñez, para un francés, sea una trampa, un artificio, un

mero producto irreal del arte. Para nosotros, en cambio, es algo cercano, real, una presencia auténtica. Y me atrevo a decir que los lectores de otros lugares no pueden ser ajenos a este realismo y a esta autenticidad; hasta tal punto la novela universaliza las preocupaciones del hombre, sus relaciones con el mundo y consigo mismo, su actitud frente a los mandatos de la costumbre y la tradición. Y esto, seguramente, es análogo en todos los países, pese a las diferencias meramente circunstanciales.

Sin embargo, no podía dejar de preocuparme la actualidad y la presencia viva del mundo de Yáñez. Después de cincuenta años de historia —largo tiempo después de que el agua ha caído y de que la tempestad convulsionó nuestra sociedad—, encontramos todavía, con una frecuencia alarmante, idénticos pueblos e idénticas vidas a las de la novela. ¿Qué ocurrió con esa *tempestad* que, a pesar de su fuerza, dejó sin alterar los estratos más profundos de la vida mexicana? ¿Qué ocurrió con la Revolución que, no obstante haber transformado a lo largo y a lo ancho el rostro del país, dejó en pie, sin cambios perceptibles, la vida y costumbres de esos pequeños pueblos mexicanos? ¿De qué materia están hechos, que la tormenta no alcanzó a modificar sus rasgos más hondos y decisivos? Estas preguntas, naturalmente, pueden contestarse desde diferentes puntos de vista. Podríamos hablar de los factores económicos, políticos y sociales que están en la raíz del fenómeno. Podríamos hablar también del contenido de la Revolución y demostrar que, como fue, era incapaz de provocar transformaciones tan profundas. Y podríamos hablar de historia y de sociología. Lo más sorprendente, sin embargo, es que Yáñez nos habla de todo esto con otro lenguaje: el del arte. O mejor: responde a esas preguntas con la realidad en la mano, sin recurrir a abstracciones y a generalidades. Yáñez nos describe una realidad, social y humana, que no podía alterarse por los efectos de esa tempestad, de esa Revolución. Pone al descubierto sus resortes más íntimos, sus motivos, las causas de su "estabilidad". Y nosotros podemos entender las razones de la permanencia y la inmovilidad de esos pequeños núcleos de sociedad que son los pueblos mexicanos. Y en esto reside, a mi manera de ver, el mérito más alto de la novela de Agustín Yáñez; que, sin discusión, es una obra de arte *redonda*, plenamente lograda.

Dije al principio: la novela es un espejo. Pero una gran novela —como *Al filo del agua*— refleja fielmente, con toda la intrincada complejidad de sus problemas, una determinada realidad. Reproduce la vida, pero no *tal como es* cotidianamente, con sus vulgares hechos y acontecimientos de todos los días, sino como es *típicamente*; es decir, crea *tipos*, construye caracteres y situaciones universales, y explica los motivos profundos que determinan el curso de la vida. *Al filo del agua* de Agustín Yáñez no se conforma con describir, en singular, uno de tantos pueblos que encontramos perdidos en algún lugar de la República; sino que, hablando de uno solo, nos revela cómo es típicamente la vida de todos esos pueblos. Y es que el arte no tiene nada que ver con la reproducción fotográfica de la realidad, sino con la creación de *tipos*, es decir, con la creación de una *nueva* realidad más alta y universal.

El autor de *Al filo del agua* afirma al principio de la obra: "Quienes prefieran, pueden intitular este libro *El antiguo régimen*." No estoy de acuerdo con Yáñez. Evidentemente la vida de sus personajes —esas *canicas*, como alguien la llama en la novela— está montada sobre determinadas estructuras sociales, políticas y económicas: sobre *el antiguo régimen*; no son vidas en abstracto, fuera del tiempo y del espacio. Pero, en la novela, esas estructuras apenas se dejan sentir, apenas son explícitas. En otras palabras: lo que interesa no es la descripción de las estructuras, sino las pasiones, los sentimientos, los motivos de los protagonistas de la novela. Dicho de otro modo: el tema del libro no es el antiguo régimen, sino la manera en que el viejo orden social se proyecta y se manifiesta en la vida concreta de cada uno de los personajes. Es decir, la manera en que éstos actúan y viven concretamente el marco social que les sirve de telón de fondo. Yáñez, por este camino, se acerca mucho al fondo de la cuestión: explicarnos *por qué* social y moralmente, para cada uno de aquellos hombres, la *tempestad* no podía alterar sus formas y ritmos de vida; la causa de que el vendaval de la revolución haya sido incapaz de modificar el antiguo régimen de esas costumbres, de esos "modos de ser".



—Orozco

"¿Qué ocurrió con esa tempestad?"

Acercándose a sus personajes, y acercándonos a nosotros, Yáñez pone al descubierto las causas de esa resistencia, de esa lejanía, de ese aislamiento. Y los motivos de que el viejo régimen siga siendo, en buena medida, el régimen actual.

El pueblo de la novela de Yáñez es un pueblo solitario, aislado. Sólo de tarde en tarde, y como a hurtadillas, le llegan noticias del "exterior". Es el centro del mundo. Lo "otro", el resto del planeta, no existe sino como algo profundamente extraño, como algo que no tiene razón de ser y cuya existencia no se puede justificar. Y más aún: como el principio del mal y de la disolución de la vida cerrada de ese pueblo de El Bajío. Hablando de los arrieros que llegan, se afirma: "Mantienen relaciones peligrosas e inquietantes que amenazan la tranquilidad lugareña; son los vehículos de infección comunicados con otros pueblos, con la capital, con el Mundo, enemigo del alma." Cada vez que alguien sale del claustro, y regresa, es portador de desgracias; el mal viene de fuera. Micaela ha salido y, por ese solo hecho, pierde sus virtudes; se convertirá en el catalizador de la tragedia. Damián, otro hijo del pueblo, ha ido a buscar fortuna en el norte; cuando vuelve —cuando se produce el choque entre lo íntimo del lugar y lo ajeno del mundo—, la desgracia se cierne sobre la santa paz de la comunidad. Victoria, la elegante dama "extranjera", también será causa de aflicciones, de borrasca. La vida, como nos la pinta Yáñez, es defensa y preservación; es, en cierta forma, algo estático e inmóvil. La moral se concibe como defensa de la tradición; la práctica religiosa, como exorcismo para alejar al "demonio", al principio de la disolución que viene de fuera. La vida, en este sentido, es un resultado de los mecanismos sociales y de los convencionalismos. La vida no se entiende como libertad sino como necesidad; como dócil y exacta aplicación de la tradición, y no como posibilidad de romper y renovar esa tradición.

La novela de Yáñez se desarrolla en dos planos distintos. Por un lado, la soledad del pueblo y la soledad de las almas; por el otro, las tentaciones que llegan del exterior: de otras regiones o de otros seres. Pero frente a la tentación, los protagonistas no logran sino adoptar una actitud: la de la rebeldía; es decir, la de la protesta subjetiva, personal, interior. En ese choque entre la convicción y la tentación los personajes sólo aciertan a torturarse moralmente; por eso, cada esfuerzo que emprenden para violar las "reglas del juego" y para vencer el mecanismo asfixiante de los convencionalismos, desemboca en fracaso y tragedia. El mundo de las instituciones es algo monolítico, algo que no podemos violar, a menos de que nos decidamos a afrontar el desastre. Para los hombres de Yáñez la única forma de vivir es en sujeción a lo establecido, a lo que *es*.

Hay en esto, evidentemente, la intuición de una permanencia como modo de ser del mexicano. Alguien ha hablado de semejanzas entre la novela de Yáñez y la obra de Rulfo. Ambas serían un intento por descubrir la *esencia* del mexicano. La comparación, a primera vista, es seductora. Sin embargo, creo percibir una diferencia fundamental entre los dos escritores. Para Rulfo, en efecto, el mexicano, el hombre, parece tener una esencia propia e inalterable que lo sitúa al margen de la historia; un *ser en sí* permanente por arriba de las catástrofes y de las aventuras de la vida. La atmósfera mágica, irreal, de los libros de Rulfo, resultaría directamente de ese modo de ser eterno de la esencia del mexicano. Para Yáñez, en cambio,

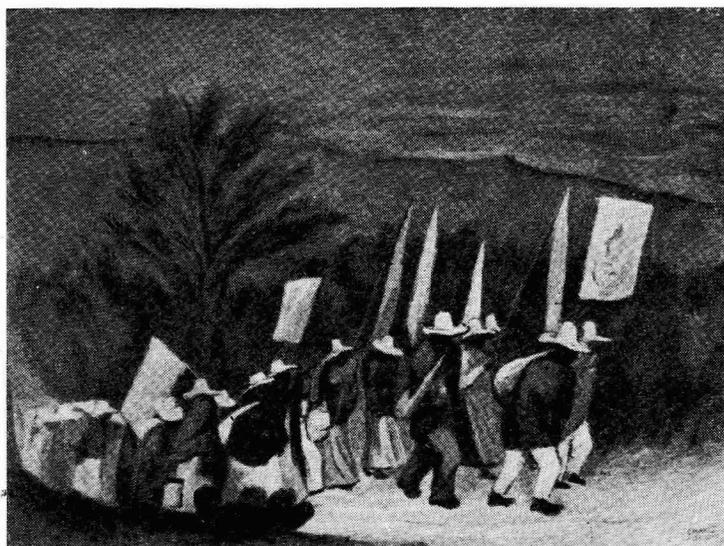
nuestro carácter no existe como algo eterno e inmutable, independiente del exterior. La vida de sus protagonistas adopta formas determinadas *porque* hay una base social que la origina, que la condiciona. El hombre de Yáñez no está al margen o por arriba de la historia, sino en la historia. El principio explicativo del carácter del mexicano, en Yáñez, no se encuentra en la metafísica, como en Rulfo, sino en la sociedad.

¿Por qué entonces la descripción de esa sociedad estática e inalterable? Tal vez porque Yáñez piensa que entre la historia y el hombre hay una perpetua tensión y lucha que no se decide jamás en favor de una de las partes; el hombre se aferra a su propio ser y a su propia tradición, y resiste hasta lo último las potencias transformadoras del *exterior*. Sin dejar de ser él mismo, el hombre está continuamente expuesto a la tempestad, al filo del agua. Pero también hay la idea, posiblemente, de que nuestras transformaciones sociales no han sido lo suficientemente profundas y radicales como para modificar desde los cimientos, y para siempre, nuestro modo de ser. En la novela de Yáñez, allá lejos, fuera del ámbito de la comunidad que describe, se gesta la tempestad y la borrasca. Sin embargo, esa tempestad aparece a los ojos de sus personajes como algo profundamente remoto, que no tiene nada que ver con la intimidad de sus vidas; como algo que no tiene asiento en cada una de las almas. Esa tempestad, por *externa*, por *ajena*, no lograría transformar los estratos más profundos de nuestro ser. La Revolución Mexicana de 1910 modificó muchos aspectos de nuestra vida, es cierto; sin embargo, dejó en pie la *enajenación* fundamental del hombre, las desigualdades radicales, la explotación de unos por otros. La tempestad, en última instancia, no sería sino un vendaval que, como tantos otros, pasaría de largo dejando sin resolver problemas ancestrales del pueblo mexicano.

Se ha dicho que el estilo de Yáñez es un estilo barroco. Estoy de acuerdo, si no le conferimos al término un sentido peyorativo que pareciera indicar que se trata de un estilo artificioso y gratuito. Nada más falso; el estilo de Yáñez es barroco porque es barroca la realidad que describe, porque es una realidad complicada, llena de matices y de pliegues que es preciso ir descubriendo ante los ojos del lector. En este sentido, el estilo de Yáñez es algo necesario a la obra, la *forma* adecuada para presentarnos esa realidad. En *Al filo del agua* contenido y forma se condicionan recíprocamente, se "exigen" uno al otro. La forma es la justa expresión del contenido.

En Yáñez, la palabra exacta, el estilo preciso, apretado, nos lleva de la mano por los vericuetos de esas vidas que van integrando la atmósfera densa de ese medio social. Y le sirve además para elaborar la presencia casi física de la tormenta que se avecina. Para crear ese ambiente cargado de inminencias que no tardarán en aflorar. En este sentido, la novela de Yáñez es un ejemplo para nuestra más joven literatura; tanto más —si se propone reflejar nuestro mundo y nuestros problemas— cuanto que también nosotros vivimos una época cargada de inminencias, también, en cierta forma, al filo del agua.

* Ponencia presentada en la Mesa Redonda que tuvo lugar el 17 de octubre de 1961, en el Instituto Francés de América Latina, en homenaje a Agustín Yáñez con motivo de la traducción al francés de *Al filo del agua*. Participantes: José María González de Mendoza, Jaime García Terrés, Enrique González Casanova, Ramón Xirau y Víctor Flores Olea.



—Chávez Morado

"nos describe una realidad social y humana"